

Departamento de Medio Oriente

La revolución egipcia: el pueblo, el ejército y el hegemon

Mariela Cuadro¹

El pueblo de Túnez se levantó. Por hambre, por falta de empleo, por democracia. Derrocó, así, al Presidente Zine al-Abidine Ben Ali quien llevaba 23 años en el poder. A partir de las manifestaciones allí, muchos analistas comenzaron a plantear la posibilidad de la expansión de la Revolución a sus vecinos norteafricanos. Y la expansión fue y el 25 de enero de 2011 el pueblo egipcio se levantó (también por hambre, también por desempleo) con el objetivo de derrocar al entonces Presidente, Hosni Mubarak.

Mubarak estuvo en el poder egipcio por 30 años. Había sido Vice-presidente de Sadat (quien a su vez había remplazado a Nasser y había sido el encargado de establecer la alianza estratégica con Estados Unidos a través de la firma de la paz con Israel en 1979) y cuando éste fue asesinado automáticamente asumió el poder. Los años 80 e incluso la década del 90 del siglo pasado, fueron testigos de una buena relación entre el gobierno de Mubarak y el pueblo egipcio. Pero luego llegó la crisis del modelo neoliberal con sus consecuencias de aumento del desempleo y de la pobreza, llegó la alianza de Mubarak con el muy vilipendiado George W. Bush y llegó el levantamiento del pueblo tunecino.

El proceso fue veloz: duró 18 días. Las protestas estuvieron motorizadas y organizadas desde un primer momento por la juventud universitaria egipcia. Estos sectores, con altas tasas de desempleo y con acceso a internet, lograron sortear el cerco mediático que el gobierno de Mubarak imponía a la población. De esta manera, lograron congregarse en sucesivas manifestaciones a una buena parte del pueblo egipcio, llegando el número de los concentrados en la Plaza Tahrir (plaza del centro de El Cairo) el día anterior a la renuncia de Mubarak, el 11 de febrero de 2011, a cuatro millones de personas. La juventud egipcia estuvo acompañada por sectores de trabajadores y desocupados, todos

¹ Licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Becaria Conicet. Doctoranda en Relaciones Internacionales en la Universidad Nacional de La Plata (IRI). Coordinadora-Investigadora del Departamento de Medio Oriente en el Instituto de Relaciones Internacionales (IRI) de la Universidad de La Plata. Miembro-

con la reivindicación que exigía la renuncia del mandatario egipcio. La primera respuesta de éste fue la represión a manos de la policía, ésta luego pasó a estar en manos del ejército.

Al ser muy bien recibido por la población manifestante, este último no cumplió con la orden dada por Mubarak: permaneció en la calle, expectante, pero no reprimió. El gobierno, por lo tanto, y presionado desde el exterior a abstenerse de usar la fuerza (fue uno de los pedidos públicos de la administración Obama, apoyándose sobre su discurso pronunciado en El Cairo en 2009), envió a grupos de civiles a cumplir con el trabajo que el ejército se negó a realizar. Sin embargo, el pueblo egipcio continuó resistiendo y ganó esa batalla.

La segunda respuesta de Mubarak fue el establecimiento de reformas. En primer lugar, ordenó un cambio de gabinete que endureció aún más su postura, colocando como Vice-presidente (y, por tanto, posible futuro sucesor) a su jefe de inteligencia, Omar Suleiman, quien fuera el encargado de reprimir cualquier oposición al gobierno, escudándose tras la muy utilizada amenaza terrorista. Al mismo tiempo prometió mayores libertades sociales, políticas y civiles, enmiendas a la Constitución para permitir una mayor participación, la preservación de los subsidios estatales a alimentos de primera necesidad, el control de la inflación y la promoción del empleo. Estos anuncios, no obstante, llegaron tarde, pues el pueblo egipcio se mantuvo intransigente con respecto a su principal reivindicación: que Mubarak abandonara el poder.

Finalmente, en su último discurso público el 10 de febrero de 2011, en el que se esperaba que anunciara su renuncia, Mubarak optó por no hacerlo y, en cambio, trasladó todos sus poderes al flamante Vice-presidente. El anuncio fue muy mal recibido por los manifestantes concentrados en la Plaza Tahrir quienes, en un gesto unánime que recordaba el zapatazo lanzado por un periodista iraquí en diciembre de 2008 al entonces Presidente estadounidense, George W. Bush, levantaron miles de zapatos en repudio de las palabras del ex gobernante. De esta manera, el 11 de febrero, Mubarak presentó su renuncia y pasó a hacerse cargo del gobierno de Egipto el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (CSFA).

En un primer momento el CSFA, a cuya cabeza encontramos al ex Ministro de Defensa, Mohammed Hussein Tantawi (conocido en algunos círculos egipcios como el "caniche de Mubarak"), no se diferenció demasiado del ex Presidente a quien elogió en el comunicado

en el que anunciaba la toma del poder. Algunas reformas buscaron calmar los ánimos de quienes continuaban exigiendo al CSFA el ejercicio de la voluntad del pueblo. Así, a mediados de febrero, el Consejo disolvió el Parlamento (monopolizado por el Partido de Mubarak), suspendió la Constitución y fijó un período de seis meses para la transición a un gobierno electo por el pueblo. Sin embargo, desde nuestro punto de vista, recién en los primeros días de marzo, el nuevo gobierno liderado por el CSFA, pareció mostrar signos relevantes de cambio con respecto a su predecesor Mubarak, ligados a un acercamiento con la que se presenta como la principal fuerza política organizada: la Hermandad Musulmana (HM). Luego de algunos cambios básicamente cosméticos que fueron rechazados por aquellos que aún se mantenían vigilantes y expectantes, desconfiados de la (no tan) nueva estructura de poder egipcia, el 3 de marzo de 2011, el CSFA, alentado por los referentes políticos nucleados en un comité encargado de negociar con los militares, nombró como Primer Ministro a Essam Sharaf.

Ex Ministro de Transporte de Mubarak entre 2004 y 2005, Sharaf participó de las manifestaciones que lo derrocaron. En un claro giro con lo que venía aconteciendo en las semanas anteriores, el flamante premier se presentó al día siguiente ante los manifestantes de la Plaza Tahrir, flanqueado por uno de los líderes de la HM, Mohammed el-Beltagy. Sostenemos que existió aquí una novedad, pues hasta el momento, la HM había sido hecha a un lado por los sucesivos referentes occidentales (entre ellos el Primer Ministro británico, David Cameron, el enviado de Washington a El Cairo, Frank Wisner, y los congresistas estadounidenses Lieberman y McCain) que se habían reunido con distintos referentes de la oposición, pero no con ellos. Es importante señalar al respecto, que la HM, como movimiento más organizado y popular de Egipto -cuya fuerza ha demostrado en las únicas elecciones parlamentarias semi-abiertas, de noviembre de 2005-, ha formado un partido político. El Partido de la Justicia y la Libertad, reconocido en junio por las autoridades políticas egipcias, podrá participar en las elecciones generales fechadas para septiembre de este año. Asimismo, Sharaf hizo cambios sustanciales en el gabinete de gobierno en las estratégicas carteras de Relaciones Exteriores, Interior y Justicia. Y el 20 de marzo de 2011, unos 18 millones de egipcios (41% del padrón) se pronunciaron a favor de la reforma constitucional, en una elección polémica que abrió la puerta a las elecciones generales, inicialmente fijadas para septiembre de este año, pero ahora retrasadas para "octubre o noviembre".

Estos cambios, sin embargo, no convencieron a una muy buena parte del pueblo egipcio. Al cierre del presente *Anuario* (julio de 2011), miles de manifestantes se habían concentrado nuevamente en la Plaza Tahrir en demanda del cumplimiento de las reformas anunciadas al asumir el cargo por Essam Sharaf. Entre éstas se encuentran: el fin de la represión a manos de las fuerzas de seguridad, el fin de los arrestos a militantes, la eliminación de las cortes militares para juzgarlos y el juzgamiento de miembros de las fuerzas de seguridad y del anterior gobierno por corrupción y por participación en la represión y las consiguientes muertes durante el proceso revolucionario. Incluso han llegado a levantar como reivindicación la renuncia de Sharaf y de todo su gabinete.

Ahora bien, la revolución egipcia no sólo supuso un cambio, aún en proceso, al interior del país árabe, sino que movió las bases de un orden regional que hasta entonces parecía fijo. Fue expresión y es protagonista de un cambio en las relaciones de poder en curso en la geoestratégica región de Medio Oriente y, por lo tanto, en el mundo. Por esta razón, Estados Unidos, en tanto potencia hegemónica con intereses estratégicos allí, no se mantuvo al margen. Ya que por acción u omisión, la potencia norteamericana estuvo y está presente en todos los procesos que tienen lugar en la región, es nuestra intención abordar brevemente en los textos de nuestra autoría, los distintos modos de su intervención, según los gobernantes asediados sean considerados aliados o enemigos.

Egipto es un país de fundamental importancia en la estructura de poder de Medio Oriente. Por un lado, es el país más poblado de la región, con una población estimada en 80.5 millones de personas (según *CIA World Factbook*, 2010²). Es importante también por su fuerza militar: luego de Irán tiene el ejército más grande de Medio Oriente y el décimo tercero del mundo. Este ejército lo formó a través de la ayuda militar por 1300 millones de dólares que Estados Unidos le otorga anualmente, una práctica que comenzó luego de los acuerdos de Camp David que tuvieron lugar entre 1978 y 1979. La recepción de esta ayuda, sumada a la económica, lo convirtió en el segundo recipiente de ayuda estadounidense en Medio Oriente, por detrás de Israel. Por otra parte, Egipto ocupa un espacio geopolíticamente estratégico, pues se encuentra entre dos continentes (África y Asia) y es lazo entre dos rutas de agua importantes: el Mar Mediterráneo y el Océano Índico. Además de ser un exportador de petróleo, tiene importancia estratégica pues el petróleo producido en los países del Golfo y dirigido a Occidente pasa tanto por el Canal de Suez como por el oleoducto del Suez-Mediterráneo (SUMED), construido en 1977.

Asimismo, Egipto tiene una historia de liderazgo en la región, fuertemente incentivado por el gobierno de Gamal Abdel Nasser –Presidente entre 1956 y 1970– quien levantó la bandera del panarabismo. Si bien ciertos analistas sostienen que el rol de líder regional fue en descenso a partir de la firma de la paz con Israel y el definitivo abandono del panarabismo por una relación estratégica con Estados Unidos, la continuación del liderazgo egipcio –aunque atemperado– puede observarse en el hecho de que, con excepción del tiempo durante el cual fue expulsado de la Liga Árabe (LA) por firmar la paz con Israel (1979-1989), todos los Secretarios Generales de la organización fueron de dicha nacionalidad. No obstante, a favor de análisis como los anteriormente mencionados puede sostenerse que en la actual configuración de poder, en los que la identidad árabe ha perdido valor con respecto a aquella islámica y por tratarse de un Estado secular, Egipto como hegemón regional ha visto disminuido su poder con respecto a aquellos Estados que enarbolan la bandera islámica (v.g. Irán, Arabia Saudita). Es relevante, en este sentido, el mayor peso relativo ganado por Arabia Saudita en LA, lo que puede comprobarse con la importancia que cobran las iniciativas saudíes en dicho organismo, siendo la última iniciativa de paz del año 2002 un buen ejemplo de lo afirmado. Por otra parte, Egipto participa desde 1994 en el Diálogo Mediterráneo-Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) para promover la seguridad regional.

El Egipto de Mubarak fue un importante aliado de Estados Unidos: junto con Arabia Saudita fue uno de los dos pilares árabes de la política de la potencia norteamericana en Medio Oriente. Valga simplemente recordar que desde la firma de paz entre el país árabe e Israel (con quien Washington mantiene una “relación especial”), no existieron más guerras árabe-israelíes, circunscribiéndose el conflicto a uno exclusivamente palestino-israelí, con sus consecuencias de estabilidad regional a favor de Israel y Estados Unidos. Es por esto que el producto del proceso político en Egipto no es en absoluto indiferente a la potencia del norte, pues lo que está en juego allí es el equilibrio de poder en la estratégica región.

De esta manera pueden entenderse los distintos momentos de la administración Obama frente a las protestas que amenazaban con derrocar al gobernante egipcio. En efecto, en una primera instancia, mostró una fuerte resistencia al cambio de gobierno urgiendo reformas para las cuales ya era demasiado tarde. Luego, se pronunció a favor de una “transición ordenada”. Finalmente, urgió y aprobó el pase del poder al CSFA. Este apoyo

² AGENCIA CENTRAL DE INTELIGENCIA (CIA) (2010). The World Factbook: Egypt. (Online), consultado en

no es casual: según sostienen analistas de la Universidad de Defensa de Washington, el componente fundamental en la relación Estados Unidos-Egipto es la cooperación en el ámbito de la defensa -el ejército egipcio recibe casi dos tercios de la ayuda anual estadounidense a ese país-.

El CSFA de Egipto está formado por hombres del régimen de Mubarak. En efecto, a su cargo está el ministro de defensa Mohammed Hussein Tantawi quien ocupa ese cargo desde 1991. Durante el último gabinete de Mubarak, el Vice-presidente era un general, el Primer Ministro era un general, el Vice-primer ministro era un general, el Ministro de Defensa era un general, el Ministro del Interior era un general y el propio Mubarak era un general. De hecho, en su segundo comunicado, el Consejo Supremo agradeció a Mubarak los servicios prestados al país, elogiándolo. El Presidente estadounidense Barack Obama, por su parte, ha prometido continuar con la ayuda militar al país. Asimismo, Robert Gates, ex Secretario de Defensa de Estados Unidos, elogió al ejército egipcio como fuerza de la democracia, lo que resulta cuanto menos sospechoso de un ejército que ha contribuido sistemáticamente al mantenimiento de un régimen que se ha caracterizado por la violación de todos los principios democráticos.

El hecho de que el ejército se encuentre hoy al mando de Egipto debe ser visto en su justa dimensión: no ha sido éste quien ha derrocado a Mubarak, ha sido el pueblo en la calle. Sin embargo, sí ha sido el ejército y ninguna otra institución el que ha dado forma a tanto movimiento. Y resulta difícil pensar la toma del poder por parte de éste sin el apoyo de Estados Unidos. El proceso revolucionario en Egipto está lejos de haber terminado: el pueblo egipcio continúa con sus demandas. Quienes al momento de escribir estas líneas acampan en la Plaza Tahrir, vigilantes de que sus reivindicaciones revolucionarias no queden olvidadas en la historia, están enfrentados a una estructura de poder que, sostienen, no ha cambiado lo suficiente desde el derrocamiento de Mubarak. Todo indica que las elecciones previstas para octubre/noviembre de este año tendrán lugar, quizás con alguna demora. A partir de allí se recomodarán las diversas fuerzas políticas. Los países fuertes de la región, sobre todo Turquía, Israel, Irán y Arabia Saudita, jugarán seguramente un rol junto a Estados Unidos y las potencias europeas.